

ésa es la guerra!... ¡Que entre esa caballería! ¿Para qué sirve? ¿Por qué se detiene?... ¡Fuego! ¡Fuego!

El clérigo no insistió; se quedó callado, haciendo tiempo de que se agravara más y más el enfermo.

Después de una hora dejó el aposento, y dijo a la concurrencia:

—¡Es un ángel! ¡Qué arrepentimiento! Dios le va a premiar los sacrificios que ha hecho por la Santa Religión; no tiene más que palabras dulces y tiernas.

En ese momento se escuchó una andanada de desvergüenzas que salían de la boca del general.

Todos se rieron por lo bajo y el clérigo salió corriendo de aquella casa.

El 18 de julio de 1858 anunció el telégrafo que el señor general Luis Osollo había dejado de existir, muriendo contrito, en el seno de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana.

XII

Luego que Rosa vió abrir los balcones de la casa y salir esa luz siniestra de los cirios que alumbran los cadáveres, se dirigió al hotel y dispuso su equipaje para regresar a México.

Mientras daban las cuatro de la mañana, hora en que partía la diligencia, se paró frente a la casa.

—Ya estás ahí como Armando. ¡Al menos, él murió combatiendo, y tú, el primer general de la reacción, has expirado bajo las sábanas, como un clérigo! ¡Pobre espadachín!... ¡Te libraste del plomo y del acero, y caíste bajo el tósigo propinado por una muejr!... Pero no soy yo sola: me han ayudado tus aliados y amigos; ellos me dieron el último impulso. Si yo, al crearme en peligro de muerte, denuncié mi intención, ellos pudieron evitar la tuya. Pero no. ¡Te desconfiaban, querían que desaparecieras, y yo me gozo en este fin trágico que satisface mi venganza!... ¡Tú me privaste de mi amor, de mi porvenir, y yo te privo, de la existencia!... Pero no he concluido todavía; ayudaré a la revolución en cuanto pueda. Después de esto, todo es pequeño.

Quedóse un momento callada, y sus pupilas resplandecían con la luz melancólica de los cirios. Después continuó:

—Te ofrecí veinte mil pesos; te hubiera ofrecido más, más todavía. Al fin, todas eran cifras imaginarias... ¡Y sin embargo, ellas pudieron descubrirme lo más hondo de tus secretos!... Pobres, desprestigiados, aborrecidos, no esperan sino que se consume una derrota que ya está latente... Queda un solo soldado, uno nada más: Miramón. Ese se aturdirá con el humo del poder... ¡Todo está perdido, y perdido para siempre!... ¡Hemos triunfado!

Después se abrió el vestido y sacó del seno el escapulario ensangrentado que Isabel había quitado del cuello de Armando.

—Ya esta prenda nada tiene que ver conmigo. Juré llevarla hasta este momento que toco con alegría feroz.

Despedazó el escapulario, y arrojó al viento los jirones.

Dieron las cuatro.

A pocos momentos se oyó el rodar estrepitoso de la diligencia que llevaba a la aurora de aquella tragedia.

CAPITULO X

SOBRE LA BRECHA

I

No volvía en sí el Gobierno reaccionario, de ese golpe terrible de la muerte de Osollo, cuando vió acercarse el ejército de las «blusas coloradas», a celebrar con sus baterías los funerales de la primera espada de la reacción.

El ejército del Norte, vencedor de Zacatecas, se encaminaba a la plaza de San Luis.

La revolución crecía y crecía, como la lava que vomitan los volcanes.

La zona de Veracruz en los litorales del Atlántico, los vastos terrenos del Norte y de Occidente, Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua, Sonora, y siguiendo al Sur de Colima, la parte de Jalisco, Michoacán, Guerrero, Chiapas y Oaxaca, siendo las bases de operación las capitales de los Estados sobre la zona.

Allí se peleaba sin descanso en mil relances de guerra, que sólo a los historiadores les es dado puntualizar.

Apareció el gran soldado de Michoacán, García Pueblita, el jefe más popular de aquel Estado y con sus fuerzas invadió toda la zona de Guanajuato, haciendo sus correrías en el Bajo con una rapidez vertiginosa.

II

Pedro y el alemán, que iban en el ejército del Norte, habían estrechado su amistad y no se separaban un instante.

—Mañana llueve fuego sobre San Luis—decía Pedro, entusiasmado.

—Sí—contestó Carlos—; mañana a estas horas, o estamos muertos o nos hemos apoderado de la plaza.

—¿Y qué diablos de rencillas hay con el general en jefe?

—Yo sospecho—contestó Pedro—que el negocio anda muy mal; este general Vidaurri, quiere alzarse con el santo y la limosna.

—Ya me lo tenía tragado—dijo Carlos.

—No quiere obedecer, ni reconoce al Gobierno de Veracruz; está haciendo su rancho aparte.

- Pues si se pierde la unidad, vamos a dar al traste con la revolución.
- Este viejo maldito es capaz de todo. Afortunadamente, los fronterizos son leales.
- Sí, pero observa que ya todos nos están abandonando y que nos vamos a quedar aislados.
- Eso quiere decir que por causa de Vidaurri, nos van a sacrificar.
- El general Blanco está disgustado, lo mismo que Aramberrí e Hinojosa.
- Esos no se atarantan; ya saben que la nación reconoce al señor Juárez, y no han de salir del cartabón.
- Por ahora la atención está fija en nosotros; nuestras victorias los tienen alarmados, y se dirigen ya exclusivamente sobre nuestro cuerpo de ejército.
- Vamos a pasarla mal.
- Sí, muy mal; así lo creo.
- Por ahora vamos bien; en San Luis la tropa está desmoralizada con la muerte de Osollo, y Miramón va sobre Guadalajara; se pone a gran distancia; este tiempo no se nos escapa.
- Como han comprendido nuestro movimiento, están preparados.
- Nuestra fuerza tiene mucho entusiasmo, y venceremos.
- Estos mochos ya no triunfan; sino por accidente, se defienden como gatos boca arriba.
- Veremos quién se muere.
- Mira, ya se ven las torres de la ciudad, ya con los anteojos nos deben haber percibido.
- Desde hace una hora, sólo con ver la polvareda.
- Yo no quiero morir—dijo Pedro—; porque tengo cuentas pendientes.
- ¿Con quién?
- Con una familia de mochos. Me escribe mi novia que la van a casar con un beato.
- Estás divertido, y ni modo de acercarse a México.
- ¡Quién sabe! Ella está dilatando el negocio, y puede ser que llegue yo a tiempo. Figúrate que es lindísima; tiene unos ojos negros y lucientes como dos estrellas, y una boca más hermosa, que dan ganas de comérsela. ¡Y qué piel! ¡Y qué cintura!
- ¡Bravo!—gritó Carlos.
- Esa mujer no se hizo para un devoto; es liberal hasta las entrañas y graciosa como no hay dos, y eso de que se la lleven, tiene sus bemoles.
- ¿Y si ya se casó?
- Se la quito al marido y le doy una paliza para que no se vuelva a acordar de su mujer.
- ¿Y si él te la da a ti para que no vuelvas a acordarte de la suya?

- Entonces veremos quién lleva el gato al agua. Se dan casos.
- Aprende de mí; estoy apasionado de una alemana, se llama Ofelia, alta, color de amapola, rubia, delgada y un corazón de prusiano que ni Bismarck.
- ¿Y está en México?
- Sí, es una historia.
- Cuéntala, y pronto, porque ya vamos a ponernos en tren de combate; ya la vanguardia se aproxima a las goteras de la ciudad, y si salen, se va a armar la de Dios es Cristo.
- Ya te daré detalles; por ahora es necesario que sepas, por lo que nos pueda ocurrir, que ha llegado con una parienta sumamente honrada.
- ¿Y tiene fondos?
- Muchos.
- Entonces estamos bien.
- Ya lo creo.
- Cuenta, cuenta.
- Ofelia es hija de una mujer que fué bellísima y aun conserva su hermosura. Su padre era un jugador que había perdido una docena de fortunas y las había vuelto a recuperar.
- Una noche, noche terrible, jugaba con un polaco diamantista, que era millonario; la fortuna iba en pos de ese hombre sin abandonarlo.
- En los baños de Baden, tú sabes que se reúne lo más granado de Europa; allí la madre de Ofelia era la perla: no había una dama que rivalizara con ella.
- Joven, rica, elegante, apuesta, y bellísima, era, después del juego, el atractivo de aquellas estruendosas fiestas.
- El polaco se enamoró locamente de ella; pero fatalmente era casado.
- No obstante, el polaco sobresalía en atenciones y en obsequios; pero la joven lo veía con frialdad.
- Vencerán mis millones—se decía el diamantista.
- El padre de Ofelia tenía una de las partidas más ricas.
- El polaco iba persiguiendo una idea.
- Sentóse a la mesa, y sacó su cartera, llena de inmensos valores. Estuvo como un cuarto de hora, viendo los lances del juego, y cuando llegó el momento, según sus cálculos, puso una gran cantidad y ganó el albur.
- Los monteros se pusieron pálidos.
- En seguida dobló la cantidad, que también ganó.
- Le había dado un golpe tremendo a la partida.
- Encendió un tabaco y volvió a esperar.
- Aquel hombre sabía mucho; ni se inmutaba al correr de las cartas.
- Pasó un cuarto de hora, y triplicando la cantidad, tornó a ganar la apuesta.
- El «monte» estaba perdido.

Levantóse el polaco, y llamando al padre de Ofelia, le dijo:

—Caballero, ha perdido usted una suma cuantiosa.

—Es verdad, pero esperamos que usted nos dispense la re-
vancha.

—No puede ser, no juego más.

Era la esperanza que se derrumbaba delante de la ruina.

—Sea como usted guste—dijo el padre de Ofelia, disimu-
lando su angustia.

—Está bien—respondió el polaco—; jugaré una media hora.
Brillaron los ojos del montero.

Era necesario apelar a algo extraordinario, que se puso
desde luego en práctica.

El polaco perdió el primer albur.

Aquella era una estrategia; conocía mejor que los monte-
ros lo que estaba pasando.

Tiró su cartera sobre una carta.

Una sonrisa tembló en los labios del padre de Ofelia.

Cuando ya la mesa estaba cubierta de apuestas y el albur
se iba a correr, el polaco tomó su cartera y la puso a la
carta contraria.

Pasó un vértigo por el cerebro del montero, pero no había
remedio, la carta estaba en la puerta.

La banca estaba desmontada.

El polaco se levantó diciendo:

—Dejo depositado ese dinero.

Entonces el padre de Ofelia fué el que llamó al diamantista.

—Esta es mi hora—pensó el polaco.

—Caballero—le dijo—, ¿podría usted dejarnos esa suma
mientras telegrafiamos a París? Porque debe comprender
que no esperábamos ese golpe.

—Es verdad; pero no estoy en situación de hacer este ne-
gocio.

—Podría usted poner sus condiciones.

—Déme usted garantía.

—Para esta cantidad, no es fácil encontrarla aquí.

—Entonces...

—Mi hija tiene una dote.

—¿Llega a la cantidad?

—Probablemente, no.

—Entonces...

El padre de Ofelia estaba febricitante con aquella ruina es-
pantosa.

Desde que se levantó de la mesa, ya nadie le hablaba, ni
los apasionados de su hija: estaba para volverse loco.

El diamantista lo llevaba pausadamente al borde del abis-
mo.

—Ya ve usted, doscientas mil libras, es una cantidad que
se debe estimar en algo.

—Ahora veo que es una suma enorme, ahora que la he
perdido.

—En el juego todo es fácil de recobrar.

—¡Pero si ya no tengo nada!—gritó con desesperación el
jugador.

—Entonces...

—Caballero, toco el último extremo: le vendo a usted a
mi hija.

Eso era lo que esperaba el polaco; daba por ella lo que
nada le había costado.

—Acepto—dijo fríamente el diamantista—, siempre que sea
la voluntad de la señorita.

—Su voluntad es la mía.

Salió corriendo y llegó con su hija.

III

Nunca había estado aquella mujer más bella.

La palidez que la cubría, daba más realce a su belleza.

Al saberse el derrumbe, huyeron del árbol todos los pája-
ros; quedaron sólo los viejos calaveras, en espera de lo que
siempre acontece: una nueva mujer en el gran mundo.

—Ven, hija—le dijo el jugador; y tomándola del brazo,
la llevó a la pieza reservada en que estaba el polaco.

—Hija mía—le dijo en tono angustiado—, el señor te ama;
es dueño de una inmensa fortuna, que yo no puedo ofrecerte;
además, es mi salvador, me ha prestado un millón para sal-
dar mis compromisos y restaurar mi fortuna, que esta no-
che ha desaparecido.

—¿Y bien?

—Que... tú te vas a ir con él.

—Pero el señor es casado.

—Pero yo estoy al borde de un precipicio, y en tus manos
está mi salvación.

—¡No puede ser!—dijo resuelta la joven.

—¿Que no puede ser?... Está bien. ¡Pero lo que sí puede
ser, es que yo me levante la tapa de los sesos!

Sacó el revólver y lo preparó violentamente.

La joven le arrebató la pistola, y la arrojó con desdén al
suelo.

—Vámonos; pero antes, déme usted el precio de la venta.

El polaco sacó la cartera, y confuso, se la entregó a la hija
del jugador.

—Ahí está eso—dijo la joven; y tiró la cartera a los pies
de su padre.

—¿A dónde vamos?—preguntó al diamantista.

—A donde usted guste, señorita.

—A París.

IV

Se dirigieron a la estación. Llegaron a París. El polaco

tenía un palacio y ya había telegrafiado para que todo estuviera preparado con gran lujo.

La joven estaba alegre; ocultaba los tormentos de su cerebro bajo el dulce rayo de su mirada y la sonrisa encantadora de su linda boca.

El polaco estaba enteramente bajo el poder magnético de aquella mujer.

No le quitaba la vista; se bañaba en el perfume que se evaporaba de aquel cuerpo gentil; se sentía profundamente apasionado.

Luego que quedaron instalados, el polaco mandó llamar a su notario, y mientras llegaba se puso a escribir.

La casa estaba magnífica; cuanto puede ofrecer el deslumbrante lujo parisiense.

La joven, aunque estaba familiarizada con aquel espectáculo, se sentía satisfecha, al ver tan espléndido el templo de su deshonra.

Ya había entrado en el prólogo de su existencia definitiva; ya era hora de entrar en el acto primero.

Su padre era jugador; justo era que ella jugase con la fortuna.

Su cabeza parisiense la arrastraba a las locas aventuras; decididamente no estaba hecha para el hogar.

Pero esos genios calaveras, gustan de hacer todo a su satisfacción, pero sin que nadie se lo imponga; y la joven estaba visiblemente contrariada con aquel hombre.

—Pero no todo puede combinarse—decía—. Al fin ha de ser alguno; que sea éste.

Su amor propio estaba resentido.

Por su voluntad se hubiera lanzado a abismos más hondos; pero vendida como esclava, le daba vergüenza, se rebajaba su orgullo.

Aquí nacía el pensamiento de la venganza.

Quería tomar la revancha de un hombre impío, que tan fríamente había convenido una venta vergonzosa, como en el mercado.

Pero su padre era más infame todavía.

Luego, reflexionaba.

Todo padre anhela porque se case su hija con un rico; ésta es una venta disimulada, con la diferencia de que la hija es la que recibe el premio.

De todas maneras, ella no estaba resuelta a sacrificarse; tenía un carácter demasiado independiente para someterse.

Además, aquello tenía por parte del diamantista un carácter de aventura. ¡Quién sabe cómo será mañana!

Por ahora estaba loco, pero con el tiempo recobraría el juicio.

La joven no había nacido para llorarse abandonada, sino para abandonar.

Esperó resuelta.

El polaco redactó un legado secreto, dedicando a la joven un caudal inmenso.

—Si se porta bien conmigo, será inmensamente rica; tendré su felicidad en mis manos: o su amor, o este legado perece entre las llamas.

Ya estaba celoso con anticipación.

Llegó el notario.

—Caballero, ¿qué se ofrece?

—Muy poco, señor notario: dejar en poder de usted este legado secreto, para que lo cumpla con entera religiosidad.

—Con entera honradez, querrá usted decir.

—Sí, de las dos maneras; usted sabe que tiene mi confianza ilimitada.

—He recibido bastantes pruebas.

El notario guardó cuidadosamente el pliego sellado.

—Muy bien. ¿No se ofrece otra cosa?

—Sí; ya me olvidaba. Guarde usted ese cartucho de oro; es un recuerdo de Baden; he ganado mucho.

—Gracias, caballero, gracias—dijo el notario, tomando el oro del diamantista.

Lo que deseo es que no me llegue la hora de cumplir con este encargo; porque yo le deseo, como será probablemente, una larga existencia.

—¡Quién sabe, amigo mío; quién sabe!

—Por ahora no hay temor—dijo el notario; y saludando respetuosamente, dejó la casa del diamantista.

V

La joven y el polaco pasaron el día juntos; en la tarde pasaron por el Bosque en un carruaje, que hizo sensación.

En la noche se presentaron en un palco de la Opera.

La joven llevaba lo más espléndido de las alhajas del diamantista.

Aquella era una profusión de brillantes y de cuantas piedras exquisitas estaban en boga en París, y todo llevado con elegancia suprema.

Esta es mi grande exhibición—pensaba la joven.

Volvieron a la casa.

La cámara de aquella desposada, sin cura y sin juez, parecía un sueño de las «Mil y una noches». Era un todo con la belleza de aquella mujer; allí estaba como vívida chispa del cerebro de París.

El polaco parecía un monstruo de la mitología, apasionado de una deidad.

El Júpiter transformado en toro blanco, lamiendo los pies de la Ninfa Europa.

El cisne metiendo el pico en la boca de Leda.

Fatigado del ardor salvaje y caldeado por el fuego de una

ilusión realizada, cedió su organismo anemiado, y cayó en un profundo sueño.

La joven se levantó desesperada, se vistió, y en el aposento inmediato escribió estas líneas:

«Caballero: El sacrificio está consumado, y realizada la venta. No tengo más que hacer aquí. Ruego a usted que no me busque, porque sería inútil.»

Dejó sobre la chimenea el billete y salió para siempre de aquella casa maldita, primera estación para el abismo.

Pasaron tres horas cuando el polaco se despertó; buscó a su lado, llamó; todo estaba desierto.

Se levantó violentamente, y vió en la chimenea el papel, lo leyó con ansiedad, y sus ojos y su boca se abrieron desmesuradamente.

—¿Dónde? ¿Dónde se ha ido esa mujer?

Sobre sus gruesos labios palpitaban los besos de rabia de la joven.

—¡Oh!—exclamó lleno de ira y de desesperación—. ¡Se ha ido para siempre!

Se abrazó a los almohadones, que conservaban el aroma de aquellos suaves cabellos, el olor de amor de aquella mujer sublime.

Tomó los vestidos que había dejado sobre un sillón; metió el rostro entre las telas; aspiró, como si quisiera atraer con su aliento a aquella mujer que arrastraba su existencia.

Loco, desesperado, flaqueándole las piernas y reventándosele el pecho con los fuertes latidos del corazón, estrujaba el billete y lo mordía con desesperación.

Cayó un velo negro sobre su cerebro, se apagó la luz del sol, se extinguió el último relámpago de su inteligencia, rugió como las fieras, y echando mano de una pistola que tenía sobre una mesa de noche, la preparó, y, con la violencia del rayo, se hizo un disparo en las regiones del corazón.

Su muerte fué instantánea.

Acudió la servidumbre; y la autoridad y el reportazgo tomaron nota del suceso.

VI

A los pocos días se hicieron convocatorias y la joven supo que se la llamaba para entregarle un legado riquísimo.

—¡Pobre hombre!—decía el notario—Ya sospechaba yo, en sus últimas palabras, que iba a venir una catástrofe.

A poco tiempo, la joven se sintió madre.

Dió a luz una niña que tuvo en su poder, mientras no podía enterarse de lo que pasaba.

Una nueva cocotté apareció en París, bella, sin rival, rica y despilfarrada como ninguna. Los hombres más ricos, los elegantes más calaveras, todos a su vez, pasaron por delante de la mujer de moda, consumando sus fortunas.

Creció la niña y la entregó a uno de los colegios más buenos de París.

La niña llevaba el apellido de su padre.

Una compañera de colegio, reveló a la niña, la vida de la madre.

Ofelia se resintió profundamente, y encarándose con la madre, la interrogó.

—Es verdad—le dijo; y le contó su historia.

La madre había depositado la herencia a nombre de su hija.

—Todo eso te pertenece—le dijo—; nada es mío, y no he tocado un solo céntimo; he pasado aflicciones grandes, y está intacto tu legado.

Ofelia designó la mitad de su herencia para la madre, y un día desapareció de París.

Ofelia tiene un carácter extravagante; vino sola a los Estados Unidos, visitó el Niágara, pasó a la California, estuvo en una cacería de jabalíes en aquellos desiertos, y se le puso venir a México. Yo la conocí en el Real del Monte, en una casa inglesa.

Sin temor alguno, bajaba por los malacates a las minas más profundas; nada la asusta.

Yo le simpatiqué, y ella me abordó:

—¿Quiere usted casarse conmigo?

—No—le dije—; soy pobre.

—No importa; yo tengo dinero.

—Yo sé, Ofelia, que el oro de la mujer se convierte en hierro para los hombres.

—Entonces, márchese usted a la revolución; ahí está el porvenir; o la muerte o la felicidad.

—Acepto—le dije—. ¿Y sería usted capaz de esperarme?

Ofelia me tendió la mano.

—Lucharé con valor; la imagen de usted me acompañará en los combates; seré un buen soldado, pensando siempre en la recompensa, que será mi felicidad.

—¡Vete!—me dijo con imperio—¡En mi corazón no habrá más amor que el tuyo! ¡Y adiós!

Yo salí decidido, y me presenté en las filas liberales. Allí conocí a Manuel; estuvimos juntos en Salamanca.

VII

Oyóse el toque del clarín que tocaba «alto» a la vanguardia.

A poco pasó un jefe a todo escape, llevando una bandera blanca.

El coronel Zuazua le intimaba rendición a la Plaza.

El general Francisco Sánchez contestó que se defendería.

Las tropas reaccionarias ocupaban los fortines de San Juan.

de Dios, Alhóndiga, el Refugio y calle de Maltos, el Carmen y San Francisco.

Los fronterizos se dividieron en cuatro columnas de alta fuerza y dos más débiles; lanzándose sobre los primeros cuatro fortines y amagando los otros dos.

Después de jugar con éxito la artillería, se dió el grito de asalto; y, hacha en mano, llegaron a los parapetos, se confundieron con el enemigo en medio de gritos, de alaridos y de disparos, y después de una refriega espantosa, se hicieron dueños de la Plaza.

La oficialidad que había quedado y el resto de la tropa fueron hechos prisioneros.

El día siguiente se sepultaron ciento tres soldados e ingresaron sesenta heridos al hospital.

VIII

El alemán y Pedro, al frente de sus compañías, se habían portado valientemente. Carlos tenía la blusa despedazada y Pedro chorreaba sangre.

El polvo pegándose en el sudor de las caras, los labios llenos de espuma, los pechos jadeantes, y la barbarie de la guerra resplandeciendo en los semblantes.

—¡Al diablo con estos «mochos»!—gritó Pedro, arrojando el hacha ensangrentada.

—Creí que te mataban—dijo Carlos—; llovía el fuego sobre nosotros.

—Lo sentiría—contestó Pedro—, sólo porque no se quedara riendo el santurrón que va a casarse con mi novia.

—¡Bravos son los fronterizos!

—Bravos son todos, Carlos. Vuelve la vista a todas partes; nos podrán ganar una, dos, cien batallas, pero dominar la revolución, ¡nunca!

—El general Vidaurri se ha puesto en marcha, se nos viene a reunir.

—¡Al diablo el general Vidaurri! Con sus discoladas va a sacrificarnos; se cree poderoso, y si se independe del centro, le va a pasar una, que no la olvida.

—Green los generales que los subalternos no comprenden nada, y todo lo sabemos.

—Mi capitán—dijo un soldado, dirigiéndose a Pedro—; llama a usted el coronel para que escoltemos a los oficiales prisioneros.

—¡Diablo! Estoy derrengado; no puedo ni moverme.

—Un trago, mi capitán; ya me habilité.

Presentó el soldado una botella de aguardiente.

—No vendrá mal. Toma, Carlos.

El capitán tomó, no un trago, sino muchos tragos, y le pasó la botella a Pedro.

—¡Cuerno de Satanás! ¡Si esto es para revivir a los muertos!

Los capitanes echaron otros tragos.

—Ya vi a los prisioneros, mi capitán; todos están temblando de miedo; temen que el coronel Zuazua haga una como la de Zacatecas.

—Debía hacerla, pero ya pasó el momento.

—Si viera usted, mi capitán, que entre los oficiales hay un mocho.

—Si todos lo son.

—No, mi capitán; a éste le falta una oreja.

—¡Cuerpo de Satanás! ¡Este es mi hombre! Ese maldecido se encuentra en todo. Le voy a cortar la otra, para que se acuerde.

—Basta con una—dijo Pedro.

—Ya se secó en mi cartera y apesta a diablos; pero así se la guardo a «Juan Gallinazo».

Los capitanes se fueron al cuartel y entraron inmediatamente de guardia.

IX

La ciudad estaba callada.

Reinaba un pánico espantoso, casas y establecimientos estaban cerrados.

Los frailes no asomaban las narices.

Los conservadores se habían escapado con anticipación, porque preveían el ataque, que ya estaba iniciado.

Se temían ejecuciones como las de Zacatecas.

Había cerrado la noche, que era lluviosa y oscura.

Los soldados recorrían en grupos las calles y daban gritos y se oían carcajadas y disparos.

—Señor capitán—dijo un sargento, dirigiéndose a Pedro—, una señora desea hablarle.

—¡Cuerpo de Judas! Lloriqueos tenemos. Dile que pase.

Volvió el sargento.

—Señor capitán, que tenga usted la bondad de salir.

—Pues allá voy.

Ciñóse la espada y se deslizó por la acera del cuartel.

Allí lo esperaba una señora, cubierta la cabeza con un velo negro.

—Parece decente—murmuró Pedro.

—Señor capitán—dijo la encubierta—, si en algo pueden interesarle las lágrimas de una mujer, yo vengo a hacerle a usted una súplica.

—Diga usted, señora.

El capitán, algo deslumbrado, apenas veía dibujado en los negros paños del manto el rostro pálido de la mujer.

—Entre los prisioneros, hay uno...

- Señora, los tengo por lista y soy el capitán de la guardia.
 — Con hacer otra...—dijo la señora.
 — El diablo son estas mujeres.
 — Señor capitán, es mi marido.
 — Pues busque usted otro; ésta es la oportunidad.
 La dama no respondió.
 — Creo, señora, que he dicho una impertinencia.
 — No, caballero—murmuró la dama—. No es esto sólo—continuó—; hay tres niños que pueden quedar huérfanos.
 — ¡Demonio, demonio!—dijo Pedro, rascándose una oreja.
 — Los he dejado llorando.
 — Pero, ¿por qué demonio se meten a estas cosas los que tienen hijos?
 — La fatalidad, caballero.
 — Y luego con los mochos.
 — Capitán, ese hombre es liberal; venía en las fuerzas que perdieron en Salamanca, y un coronel le perdonó la vida, a condición de que se quedara en su regimiento, y sólo por mí y por sus hijos, por no dejarlos huérfanos, consintió; y ésa fué su desgracia.
 — El negocio se complica; si lo sabe Zuazua, lo tiene por traidor y lo fusila.
 — Es ése mi temor.
 — ¿Y podría justificar todo eso?
 — No sería fácil; porque un pariente suyo, que es suriano, lo metió a la revolución y no está aquí.
 — ¡Malo, malo! Y ¿cómo se llama ese pariente?
 — Verá usted, señor capitán: venía con el general Alvarez; tiene un gran corazón. Como es pariente de Antonio, mi marido, lo fué a visitar y lo entusiasmó; si usted hubiera conocido a ese hombre, estoy segura que le hubiera simpatizado; leal, generoso, valiente, desprendido.
 — Su nombre, señora.
 — Yo sólo sé el nombre familiar con que lo trataban sus amigos, lo llamaban «Juan Gallinazo».
 — ¡Con mil legiones de diablos!—exclamó Pedro—¿Por qué no me lo ha dicho antes? ¡Si Juan es mi hermano!
 — ¡Bendito sea Dios!—exclamó la señora.
 — Ahora mismo sale, aunque me ahorquen mañana. ¡Vamos que si sale! ¡Un pariente de Juan y en mi poder; eso es cosa de risa! ¡Hola, sargento!
 Se presentó el sargento.
 — ¿Cómo se llama ese hombre que ya es mi amigo?
 — Antonio Cañizo.
 — Ya lo oyes: sácalo, y que venga al momento.
 — Le debe a usted la vida, capitán.
 — No, a mí nada; a «Juan Gallinazo».
 Llegó Antonio, joven todavía, y se acercó a donde estaban Pedro y su mujer.
 — ¿Qué haces aquí?—preguntó con enojo.

- No hay que enfurecerse, caballero; yo tengo un deber que cumplir: usted es pariente de «Juan Gallinazo», y está en libertad y puede usted mandar cuanto quiera y se le antoje, y yo le sirvo a todas horas.
 Antonio no sabía qué responder.
 — No podía haber invocado la señora otro nombre más sagrado. ¿Qué hubiera dicho Juan? No, imposible; váyase usted con su esposa y acaricie a sus niñitos, y si hay algo, aquí estoy.
 — Gracias, capitán.
 — No me den las gracias; si es un deber que cumplo y con regocijo. ¡Viva «Juan Gallinazo»!
 — No tenemos con qué pagarle a usted, capitán—dijo la señora.
 — Si nada me deben; si yo soy el agradecido, por haberme proporcionado una satisfacción tan grande.
 — Señor capitán, nos va usted a hacer otro favor.
 — ¡Doseientos mil!
 — Se va usted a alojar a nuestra casa, que es la de usted.
 — Gracias, pero yo vivo siempre en el cuartel, y lo que haré alguna vez, es ir a comer con ustedes.
 — Muy bien.
 — A propósito: usted está derrotado y no debe estar muy boyante; yo estoy victorioso y tengo dinero.
 Sacó Pedro un puñado de onzas, y casi a fuerza, se las puso en las manos a Antonio.
 — ¡Estos hombres! ¡Estos hombres!—murmuró la señora con las lágrimas en los ojos.
 Pedro se entró en el cuartel, cantando los «Cangrejos».
 El alemán se había bebido entera la botella del aguardiente, a la salud de Ofelia, y borracho perdido, había clavado la cabeza en la cubierta de la mesa.
 — ¡Está hecho un animal!—exclamó Pedro, y se puso a escribir el parte, avisando que un oficial se había escapado por la barda del cuartel.

CAPITULO XI

LOS TIGRES

I

Era tal el temor que había infundido la marcha triunfal del ejército del Norte, que los conservadores comenzaron a meditar el pensamiento de pedir auxilio al extranjero, idea que tan fatalmente habían de realizar al fin de su campaña.
 Para dejar libres a los fronterizos, amagó el interior el ejército del general Degollado, y Miramón salió en su busca a Guadalajara.